

Colaboración:

Las Casas de Acogida de mujeres maltratadas

Por **Josefina Pérez Reyes**, voluntaria de la Casa de Acogida de mujeres maltratadas de Talavera de la Reina (Toledo) y afiliada al Sindicato de Enseñanza de CC.OO. de Toledo.

El mes de abril es un momento estupendo para hablar de las mujeres, sobre todo porque, pasados los fragores de marzo y, en especial, del día 8 (Día Internacional de la Mujer Trabajadora), conviene seguir metiendo el dedo en la llaga de la desigualdad y poniendo al descubierto que las reivindicaciones continúan durante el resto del año, permanentemente mientras sea necesario.

Si además hablamos de violencia doméstica, puede llegar hasta a ser incómodo, ya que los malos tratos en la familia representan la culminación de todas las injusticias y la consolidación absoluta del poder irracional que distingue a hombres y mujeres como seres de distinta estatura.

Una estructura social que permite el asesinato privado y legal, al amparo del grito "¡la maté porque era mía!" y que consiente este tipo de actos sin denuncias, porque pertenece al ámbito de lo privado -que debe respetarse por encima incluso del derecho a la vida y a la libertad-, no puede considerarse civilizada ni, mucho menos, avanzada.

El escándalo es mayor cuando pensamos en las dimensiones del problema, que supone anualmente la muerte del triple de personas víctimas, por ejemplo, de actos terroristas en nuestro país. Sin embargo, al menos para los legisladores y los políticos, continúa sin ser un "problema social", aunque advirtamos que, por su extensión, por los recursos sociales que necesita y por las implicaciones y la gravedad de las consecuencias que produce, no pueda ser entendido de otro modo.

Es obligado también combatir otros mitos tan peligrosos como el del respeto a lo privado, como son los estereotipos del agresor y de la mujer que sufre malos tratos. Los tópicos presentan al primero como minoritario y marginal. Algunas descripciones que nos muestran al maltratador como tóxico, delincuente habitual o con bajo nivel de estudios, no son más que datos estadísticos y parciales. La realidad es mucho más compleja, y nos encontramos con todo tipo de hombres agresores, de distintas bandas de edad, nivel de estudios, situación laboral y profesión. Un retrato completo de las víctimas que sufren malos tratos igualmente nos dibujaría mujeres de todos los grupos sociales y de diversa condición. Se comete, además, el error de considerar ciertos rasgos descriptores (baja autoestima, pérdida de lazos sociales, dependencia personal y económica, etc...) como causa, y no como consecuencia, del maltrato.

Ante este panorama, surgieron los Refugios de Mujeres o Casas de Acogida. Nacieron ligadas al movimiento feminista como alternativa que daba nuevas oportunidades a las mujeres que sobrevivían a experiencias de violencia y que eran, además, capaces de aportar el arrojo suficiente como para escapar de esa situación. Hoy se han convertido en recursos institucionalizados, financiados (con mayor o menor fortuna) por las administraciones y/o gestionados por entidades privadas. Se ocupan de facilitar un tiempo y un espacio adecuados para la reflexión y la toma de decisiones de las mujeres afectadas,

resolviendo durante un período sus necesidades básicas y las de sus hijos e hijas. Durante su estancia en la Casa de Acogida, se favorece su recuperación en todos los ámbitos (psicológico, sanitario, laboral, de relaciones sociales...), así como la mejora, cuando es necesaria, de los vínculos maternos y la asistencia escolar de los niños, que son inscritos en colegios de la zona. En la actualidad, los equipos de las Casas de Acogida están constituidos por profesionales de distintas áreas sociales, y no ya por experimentadas feministas, como antaño, aunque siguen teniendo la razón y el coraje de su parte.

El trabajo de estos equipos de profesionales será de apoyo a la toma de decisiones de la mujer, que, en todo momento, es la protagonista de su proceso y para el que se fomenta su independencia. No será fácil romper el círculo de violencia impuesto en la relación, resistiendo al arrepentimiento que suele producirse a menudo en la víctima después de los momentos de violencia. Más valor y empeño habrá de invertir la superviviente si, además, carece de recursos sociales (apoyo familiar, amistades) o económicos (trabajo, bienes propios) o ha debido abandonarlos en la huida por la salvaguarda de su vida y la de los suyos.

Acudir y solicitar ayuda de este tipo de recurso es un derecho que tienen todas las mujeres que sufren malos tratos, ya sean físicos o psicológicos, y que carecen de medios propios para alejarse del foco de violencia, en nuestro país. Además, la utilización masiva de estos centros representa un toque de atención a las instituciones responsables de su creación y de su mantenimiento y, más importante aún, responsables de la prevención de estas situaciones, de la modificación de los comportamientos y de la cultura de la desigualdad, del cambio en la redacción y en la aplicación de las leyes que, a menudo, ponen en peligro a las mujeres.

Un detalle práctico: para solicitar este tipo de atención, hay que acudir a los servicios sociales de nuestra zona o, directamente, a la Policía Local o a la Guardia Civil, si se trata de una emergencia.

Estos profesionales, y todas las personas implicadas en la prestación de servicios en Casas de Acogida, mantienen en secreto la ubicación del Centro: por la seguridad de las mujeres y de sus hijos e hijas, pues existen agresores que llegan a convertirse en verdaderos expertos en la persecución, aunque las familias que solicitan acogimiento suelen ser, también por seguridad, de otras localidades.

Para finalizar, es necesario resaltar la fuerza, el valor y la determinación que aportan las mujeres que se atreven a romper con estas situaciones para iniciar una nueva vida. Frente a todas las dificultades que suponen la pobreza o la carencia de medios propios, y la discriminación o el rechazo que aún generan ciertos sectores sociales -que no acaban de enterarse de que las mujeres son las dueñas de sus vidas-, ellas tienen una energía que me hace pensar que las mujeres son la mitad más especial de la humanidad.